

Y OLVIDÉME

En la cocina de una casa de Mundaca
estoy mirando
la pared de cal azul,
la mesa de mármol,
el turmis amarillo
y tres plátanos sobre las baldosas blancas.
Esta casa,
en otro tiempo, fue habitada por un viejo marino
que llegó a Manila e incluso le nombraron alcalde de aquella ciudad,
eran los tiempos de Tximista y de los primeros armadores vascos
que lanzaban sus bergantines al mar con la misma despreocupación
que un niño su barquito de papel en el estanque.
Ved aquí, de cuerpo presente,
el Cantábrico capaz de hacer añicos las columnas de Hércules.
Allí, el rasguño cruel de sus acantilados
y el arañazo de los arrecifes.
Hoy
la mar está tendida como el hule humilde de una mesa.
Sopla un ligero noroeste y las telas campanillas del borde del
sendero
oscilan un instante entre las zarzadoras,
mientras el débil peral derrama las hojas en el azul.
La mesa de mármol
permanece impasible,
y la silla reposa en sí misma.
Yo la miro lenta, ensimismadamente,
y me olvido de fumar, de mirar, de escribir...

